

Janet Murguía

Presidenta y directora de operaciones del Consejo Nacional de La Raza

15 de mayo de 2013.

Janet Murguía creció en Kansas City, Kansas, en una familia de nueve miembros: siete niños y niñas, y sus padres, en una pequeña casa con un solo baño. Sus padres, en términos de educación y recursos, llegaron a este país con muy poco, pero su creencia en este país y en la oportunidad que tendría para su familia les guio.

Los padres de Murguía siempre han sido una fuente de inspiración para ella. "Este es un país extraordinario si lo piensas. Dos personas con muy pocos medios de un pueblo muy pequeño de México trabajaron muy duro, se sacrificaron mucho y se dedicaron a la educación de su familia y al servicio de su comunidad. Soy testigo y, en muchos sentidos, prueba de su sueño americano". Aunque la madre de Murguía sólo tenía una educación de quinto grado, inculcó a sus hijos el valor de una buena educación. Janet Murguía asistió a la Universidad de Kansas, donde se licenció en Periodismo y Español, y más tarde se licenció en Derecho en la Facultad de Derecho.

Murguía comenzó su carrera como asesora legislativa del excongresista de Kansas, Jim Slattery. Después, trabajó en la Casa Blanca de 1994 a 2000, donde finalmente ocupó el puesto de asistente adjunta del presidente Clinton, proporcionándole asesoramiento estratégico y legislativo. También fue subdirectora de asuntos legislativos, gestionando el personal legislativo y actuando como enlace principal de la Casa Blanca con el Congreso. Posteriormente, Janet Murguía, trabajó como subdirectora de campaña y directora de difusión de la campaña presidencial de Gore/Lieberman en el año 2000. En 2001, Murguía se incorporó a la Universidad

de Kansas (UK, por sus siglas en inglés) como vicerrectora ejecutiva de relaciones universitarias, supervisando las relaciones internas y externas de la UK con el público, incluidos los asuntos gubernamentales y públicos. Desde el 1 de enero de 2005, Murguía es presidenta y directora ejecutivo del National Council of La Raza (Consejo Nacional de la Raza. NLCR, por sus siglas en inglés), la mayor organización nacional de defensa de los derechos civiles de los hispanos en Estados Unidos.

Todos los días, cuando vengo a trabajar, recorro a la historia de mis padres, a mi herencia y a mis raíces. Es lo que me sostiene. La fuente de esa fuerza para mí ha sido mi familia (ellos son mi inspiración) y mis raíces, mientras crecía en un barrio mexicano en, precisamente, Kansas City, Kansas.

Mi padre llegó a Estados Unidos a finales de los años cuarenta. Nació en Oklahoma, pero regresó a la pequeña comunidad rural de sus padres, Tangancícuaro, Michoacán, México, cuando era un niño, no tenía ni diez años. Con un inglés muy limitado, regresó para presentarse al servicio militar hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Como la mayoría de los inmigrantes, también buscaba una mejor forma de vida. Trabajó en varios empleos, un poco en una fábrica de hielo, un poco en los astilleros y, luego, finalmente, trabajó como obrero del acero. Una vez que se instaló, mandó llamar a mi madre y a mi hermana mayor y se mudaron a Kansas City, Kansas.

Mis dos padres podrían describirse como personas sencillas, humildes y modestas. Cuando mi madre y mi padre se reunieron en Estados Unidos en los años 50, el contraste entre sus vidas en México y en este país era bastante dramático. Crecer en la zona rural de Tangancícuaro en las décadas de 1920 y 1930 era como crecer en la zona rural de Estados Unidos a finales de 1800. Mi padre hablaba de montar a caballo para repartir mercancías para el tendero para el que trabajaba, mi madre lavaba ropa y platos en un arroyo cercano y planchaba la ropa con el tipo de planchas de metal que había que colocar en placas calientes. Gracias a unas muy difíciles circunstancias tanto personales como familiares, ni mi madre ni mi padre pudieron perseguir ningún tipo de educación en México. El padre de mi papá murió cuando este tenía dieciséis años y tenía una familia de doce miembros. La madre de mi mamá murió cuando esta tenía catorce años, eran una familia de seis. Habían sido madres y padres durante mucho tiempo.

¿Pero saben qué? Lo hicieron muy bien. Vivían como pioneros en aquella época, incluso después de llegar a los Estados Unidos.

Con siete hijos e hijas (mis seis hermanos y hermanas), mi madre nunca trabajó fuera de casa. Los nueve vivíamos en una casa muy pequeña que sólo tenía un baño. Creo que todos sabíamos que teníamos que hacer mucho con muy poco. Básicamente teníamos solo una habitación, al estilo de un dormitorio, donde los niños dormíamos. Recuerdo que Mary y yo poníamos nuestra ropa y zapatos en una caja, dentro de un armario, y ahí era donde todos tenían sus cosas. Era difícil cuando íbamos a la escuela en ese entonces, pero estábamos juntos y mis padres nos proveían. Recuerdo que Mary y yo íbamos a la escuela y teníamos nuestro vestido de lunes-martes y nuestro vestido de miércoles-jueves y luego nuestro vestido de viernes. No tuvimos teléfono en casa hasta que yo estaba en octavo grado. Soy la más joven. Mi madre lavó la ropa en una lavadora sin secadora hasta que yo estuve en la universidad. Nosotros supimos eso de ir a la lavandería y tener que secar nuestra ropa y doblarla y hacer todo eso. Mis padres trabajaban mucho, y a veces era difícil.

La sociedad presentaba sus propios retos también. Hubo momentos en los que mi padre fue despedido del trabajo y tuvimos que depender de algo de ayuda del gobierno. Fue muy duro ver a mi padre pasar por ese periodo, porque era un hombre muy orgulloso. Aceptaba el trabajo donde podía, y de alguna manera, lo superábamos. En Kansas City, en los años 50, cuando mis padres iban al cine, tenían que sentarse en una sección separada de la sala. Al inicio en la planta siderúrgica, mi padre y otras personas de color tenían baños separados para ellos. Así que conozco los retos a los que se ha enfrentado nuestra comunidad a lo largo de los años. Mi padre trabajaba mucho, hacía horas extras cada que podía. Mi madre trabajaba de niñera y así conseguía algo de dinero, pero nunca ganó mucho con eso. Sin embargo, a principios de la

década de 1980, cinco de sus hijos e hijas estaban en la escuela superior, todos al mismo tiempo, gracias a las becas, al estudio y al trabajo, a las oportunidades financieras y a un montón de trabajo duro. Al final, seis de los siete hijos e hijas obtuvieron títulos de educación superior. Mi hermana mayor, Martha, la que no llegó a recibir un título de educación superior, tiene discapacidad intelectual. ¿Pero saben qué? A pesar de no tener su título, creo que es la que más nos ha enseñado de toda nuestra familia. Nos enseñó mucho sobre el espíritu y el carácter humanos, porque Martha trabajó durante más de 30 años en un restaurante del centro de Kansas City, y tomaba tres autobuses para llegar a su trabajo. Así que incluso Martha, que no tenía su título, se aseguraba de contribuir a su manera.

Curiosamente, cuatro de nosotros estudiamos derecho. Mi hermano Ramón fue el primero de nuestra familia y de nuestra comunidad en asistir a la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard. Fue un gran momento de orgullo para mis padres. Hoy, Ramón es un abogado que ejerce en Kansas City y un líder cívico. Es uno de los fundadores del Greater Kansas City Hispanic Scholarship Fund (Fondo Hispano de Becas del Área Metropolitana de Kansas City), que cuenta con un financiamiento de más de un millón de dólares. Es uno de los primeros latinos en formar parte del consejo de administración de la e Kellogg Foundation (Fundación Kellogg), una de las mayores fundaciones filantrópicas del país.

Mi hermano Carlos fue el primer latino en ser juez de un tribunal estatal en Kansas; ahí sirvió durante diez años. En 1999, fue confirmado por el Senado de los Estados Unidos para ser juez federal en Kansas tras ser nominado por el presidente Bill Clinton. Carlos es el primer latino que ejerce como juez federal en el distrito de Kansas.

También está mi hermana gemela, Mary. Sí, se parece mucho a mí, así que tengan cuidado, porque no pueden distinguirnos. Yo soy un poco más guapa, pero tienen que acercarse mucho

para verlo. Dejemos eso entre nosotros, será nuestro pequeño secreto. Mary es jueza del Tribunal de Apelación del Noveno Circuito de los Estados Unidos, tras haber ejercido durante más de una década como jueza federal en el distrito de Arizona. Fue la primera latina en servir como jueza federal en Arizona. Ella y mi hermano Carlos son los primeros hermano y hermana en la historia de EE.UU. que sirven juntos en la judicatura federal. Sé que somos capaces de contribuir y hacer historia.

En cuanto a mí, en lugar de ejercer la abogacía, decidí involucrarme en el servicio gubernamental, y acabé trabajando en el ala oeste de la Casa Blanca. Mirando hacia atrás, es evidente que la educación era muy importante para mi padre y mi madre, y para cada uno de mis hermanos y hermanas. A pesar de que mi padre y mi madre carecían de una educación formal, reconocían que la educación no era solo una meta. Era un valor. Comparto la historia de mi padre y de mi madre porque creo que son los principales responsables de lo que mis hermanos, hermanas y yo hemos podido hacer; y se debe a unos principios y valores muy básicos en los que creían y que nos inculcaron: la fe en Dios, una fuerte ética del trabajo, el amor a la familia, el conocimiento de la importancia de una comunidad fuerte, mucho sacrificio y un claro aprecio por lo que tenemos y lo que se ofrece en los Estados Unidos. Vi cómo estos valores se manifestaban en muchas maneras. El ejemplo y los principios que nos dieron los vivieron delante de nosotros.

Mi madre, que solo estudió hasta quinto grado, casi siempre estaba en la cocina junto a los fogones, o con los platos en el fregadero, y aquí es donde entra mi madrina Virginia, mi madrina de bautizo. Ella era mayor y no sabía leer ni escribir en absoluto. Llevaba la carta de su hija desde México, y en aquel entonces no teníamos acceso a los teléfonos y todo lo demás, así que esa carta era su línea de vida hacia su hija. Entonces mi madre despejaba la mesa y, en su

limitada capacidad de lectura, le leía la carta a mi madrina y luego se sentaba y escribía, aunque fuera fonéticamente, una carta de regreso a la hija.

Creo que aprendí de mi madre la compasión y el servicio de la forma más sencilla. Ella siempre pensaba en que Doña Carmen, la señora viejita de la calle, tal vez necesitaba un poco de caldo porque no se sentía bien ese día. Nos mandaba a entregar el caldo a Doña Carmen, aunque Doña Carmen siempre nos regañaba por no llevar vestidos, por jugar al fútbol con mis hermanos y por cualquier otra cosa. Pero allí estábamos porque mi madre había dicho que teníamos que ir allí.

Mi padre era una de las personas más duras y resilientes que conocí. Trabajó durante 37 años en la planta siderúrgica, donde durante el caluroso verano de Kansas hacía diez veces más calor que afuera de la planta. Él cortaba el acero vistiendo su pesado equipo completo, botas de punta de acero pesadas, el casco y la chaqueta grandes. En esas heladas profundas que sólo conocen los habitantes del Medio Oeste, también trabajaba con la misma intensidad y nunca desfallecía, aunque estuviera enfermo y hubiera debido permanecer en casa.

Cuando se piensa en ello, esta es una nación extraordinaria. Dos personas, de muy escasos recursos, provenientes de un pueblo muy pequeño de México, trabajaron muy duro, se sacrificaron mucho y se dedicaron a la educación de su familia y al servicio de su comunidad. Soy testigo y, en muchos sentidos, evidencia del sueño americano de mis padres. Lo he visto hecho realidad para mi familia y para mí. Es un mérito para ellos y para este país. Querían que supiéramos que, a pesar de los retos, en este país no importa quién seas o de qué color seas, hay oportunidades si estás decidido a encontrarlas. Mi padre tenía su propia manera de expresar esto. Nos decía: "Recuerden que no son mejores que nadie, pero tampoco son menos que nadie". Nos

recordaba: "El sol sale para todos. El sol brilla para todos". Mi madre decía: "Con Dios por delante todo es posible. Con la ayuda de Dios todo es posible".

Las palabras y los valores de mi padre y de mi madre son los que me llevaron finalmente al Capitolio, a la Casa Blanca y ahora al NLCR. Quería ayudar a familias que, como la mía, necesitaban una mano amiga, un apoyo o simplemente una puerta abierta. Tuve mentores y personas que me apoyaron que me abrieron muchas puertas, porque nadie llega solo hasta donde está. Una de esas puertas me llevó a un trabajo en la Casa Blanca. Necesitaba que me abrieran esas puertas, porque no tenía el tipo de contactos que tenían muchos de mis colegas. Mi primera reunión en la Casa Blanca (nunca lo olvidaré) fue en la Oficina de Asuntos Legislativos. A mi izquierda estaba un caballero llamado Goody Marsahll y, a mi derecha, a Paul Carey. Me enteré de que Goody Marsahll era hijo del juez de la Corte Supremo, Thurgood Marsahll, Jr. Paul Carey era hijo del tres veces gobernador de Nueva York, Hugh Carey. "¿Cómo es que llegué aquí?", pensé. Durante ese tiempo las puertas siguieron abriéndose para mí.

Tuve el privilegio de poder viajar en el Air Force One varias veces a través del país y del mundo. Un momento que nunca olvidaré fue cuando tuve el privilegio de poder volar en el Marine One con el presidente Clinton, jugando a las cartas con Bruce Lindsey. Estaba sentada junto a Melanne Vermeer; volamos justo sobre el horizonte de Nueva York al atardecer, a la altura de la Estatua de la Libertad. Ese es el privilegio que se me concedió porque tuve una oportunidad, y alguien me abrió la puerta. El presidente Clinton creyó en mí lo suficiente como para darme esta oportunidad de trabajar en la Casa Blanca.

Sé que esos privilegios conllevan grandes responsabilidades. Sé que para mis padres siempre fue muy difícil entender exactamente lo que hacía. Les explicaba una y otra vez: "Trabajo en el Capitolio". Pero nunca lo entendieron, ¿verdad? Ustedes saben. "¿Eso qué es?"

Okey, qué bien". "Okey", decía mi madre: "pero ya, vente". Decía: "Ya, pon todas esas cosas en una caja y ya vente". Y yo respondía: "Bueno, estoy en la Casa Blanca". Y ella decía: "Okey, está bien, pero, ¿cuándo vas a venir?". Pero cuando pude ir a casa y mostrarle una foto del presidente, el Papa Juan Pablo II y yo, ella miró esa foto y dijo: "Está bien, tienes un buen trabajo". Eso la impresionó. Pero las madres tienen una manera asombrosa de ser a la vez tu mayor fan y la que devuelve tus pies a la tierra. Recuerdo una vez, porque solía llamarla regularmente a ciertas horas... Recuerdo que el tiempo y los días se me escaparon, y eso no estuvo bien. Pensé que ella iba a entender que yo estaba haciendo trabajando para la primera dama. Le expliqué: "Mamá, no te pude hablar porque estaba con la primera dama y no podía llamarte". Y ella escuchó. Luego dijo: "Yo soy más primera que la primera dama".

Seré sincera con ustedes. Mis padres siempre tuvieron una manera de mantenerme con los pies en la tierra. De hecho, nunca olvidaré cuando mi mamá y mi madrina Sally, otra madrina, estaban hablando en la cocina. Mary y yo estábamos fuera. Mi madrina Sally dijo: "Comadre, debes de estar muy orgullosa de tus hijas. Una es jueza y la otra trabaja en la Casa Blanca". Mi madre se sentaba y decía: "¿Sabes qué? Estaría muy contenta si supieran hacer tortillas de harina". Así que, todavía estamos trabajando para alcanzar la visión completa de éxito de mi mamá.

Pero miren, tuve el privilegio de trabajar en la Casa Blanca cuando sé que no todos los demás tuvieron esa oportunidad. Me di cuenta de que podía competir, *no a pesar de, sino gracias a* mi historia y a lo que aportaba. Eso se me grabó cuando tuve mi momento de mayor orgullo en la Casa Blanca. Fue cuando pude llevar a mis padres a ver al presidente en la Oficina Oval. Sé que algunos de ustedes han oído esta historia, pero quiero compartirla con ustedes de nuevo porque para mí fue un momento decisivo. Ahí estaban mis padres, su travesía les había traído a

venir a visitarme en Washington D.C. y a ver al presidente. Recuerdo que mi madre estaba muy mortificada por sus zapatos porque había tenido que caminar mucho por la ciudad ese día, y dijo que no llevaba sus zapatos buenos. Estaban muy nerviosos. Pero nunca olvidaré que, cuando entró por las puertas de la Oficina Oval, se le salieron las lágrimas. Dijo: "¿Cómo llegamos hasta aquí?". Y el presidente les dio la bienvenida. Mi padre extendió el brazo y dijo: "Señor presidente, gracias por darle a mi hija esta oportunidad". El presidente Clinton puso su mano en el hombro de mi padre y dijo: "¿Sabe qué, señor Murguía? Yo contraté a Janet. Ella los trajo a esta oficina, pero ustedes son los que la pusieron aquí".

Esa es la historia de nuestra comunidad. Esa es la historia de nuestras contribuciones, y todos y cada uno de ustedes conocen y entienden esa historia. Estoy orgullosa de estar ahora al frente del Consejo Nacional de La Raza para trabajar en colaboración con tantos otros triunfadores, y con todos y cada uno de ustedes, porque, ¿saben qué?, nuestro viaje continúa.

Hay mucho más trabajo por hacer. Sé que podemos contar con que todos nosotros trabajemos juntos para lograr que el proyecto de ley de reforma migratoria se lleve a cabo y ponerlo en la línea de meta; para que Tom Pérez esté en el gabinete como secretario del Departamento de Trabajo y así continuar haciendo tantas otras cosas.